

# SUD-AMERICA

## REVISTA CIENTIFICA I LITERARIA

SANTIAGO, JULIO 25 DE 1873

### LIJERAS OBSERVACIONES

#### SOBRE LA EDUCACION DE LA MUJER

(Lectura dada en la Academia de Bellas Letras)

Sr. D. Eujenio M. Hostos

Señor:

#### I

He leído con estudiosa atención su hermoso discurso i su interesante programa sobre la educacion de la mujer. Con igual estudio he escuchado su palabra en la discusion que en esta Academia ha suscitado el desarrollo de ese tema. Todo ello me ha sugerido algunas observaciones, que deseo esponerle, mas que como una refutacion, como un apoyo a la base jeneral.

Antes de todo, debo decirle que no pienso del mismo modo que Ud. en la materia. I he necesitado un grande esfuerzo sobre mí mismo para no verme arrastrado i casi convencido por las bellezas de su estilo. Me he dejado guiar dulcemente por su elocuencia, creo haber dado un paseo por un prado de perfumadas flores i de aguas murmurantes; pero me he esforzado por descender de las nubes a donde su imaginacion me habia exaltado, i he conseguido volver al mundo i a la vida positiva.

He visto tambien que su idea ha sido jeneralmente aceptada en esta sociedad, la he oido discutir con caloroso interes, i esto

ha sido un motivo mas para animarme a entrar, no en la discusion de su elocuente tésis, sino en la cuestion tomada bajo otro aspecto.

Desde mucho tiempo, desde niño casi, yo he tenido un profundo interes por la educacion de la mujer, que veo abatida, pobre i descuidada. Este interes ha sido tal, que no obstante lo en voga que está la idea de arrancar de manos del Estado la direccion de la enseñanza, he llegado hasta creer que el Gobierno, así como tiene un Instituto para hombres, debia fundar i mantener un colejio nacional para mujeres. Pero esta opinion pertenece mas bien a otro órden de ideas, i solo me limito a dejarla apuntada.

La educacion de la mujer es indudablemente la base de todo progreso i de todo bienestar. El célebre i conocido publicista Aimé-Martin, en su libro sobre la *Educacion de las madres de familia*, lo dice en sublime estilo: "Para conocer la política i la "moral de un pueblo, no hai mas que informarse de la consideracion que gozan en él las mujeres." Esa consideracion es evidente que solo puede nacer de la elevacion de espíritu i de carácter que la mujer no puede adquirir sino por medio de la educacion. I mas adelante, el mismo autor, impulsado por la ardiente lójica de sus ideas, esclama como un profeta: las mujeres, "del mismo modo que llevan en su seno las naciones venideras, llevan en su alma los destinos de las naciones."

Aun mas; la educacion del hombre depende, a mi modo de ver, única i esclusivamente de la mujer. Depende directa e indirectamente. Directa, porque ella lo enseña desde niño; se puede decir que comienza por infundirle su ser espiritual con la sangre de sus entrañas; ella lo guia, lo inspira, lo hace sentir; de sus labios imita su primera palabra; de ellos aprende su primera oracion; de ella recibe su primer alimento el cuerpo por la leche de seno, i el espíritu por los sentimientos de su corazon. Porque, como ha dicho un gran autor, educar es inspirar. Indirectamente, porque el niño, hecho ya hombre, vive para la mujer; todas las aspiraciones de su mente, todas las sensaciones de su organismo tienen su principio i su fin en la mujer. Ademas, como la naturaleza mantiene en todas sus leyes un perfecto equilibrio, educada ésta, el hombre tiene nece-

sariamente que elevarse hasta su nivel. De ahí el progreso social.

En ella, en la mujer, está pues la grande enseñanza, como el mismo escritor que he citado lo dice en estas cortas palabras: "Los buenos profesores forman buenos estudiantes, pero solo a las madres es dado formar hombres."

No hai escuela como el hogar; no hai sala de estudio como la casa de la familia. Arranque usted al niño de ese santuario, entréguelo usted a los mejores profesores, hágalo usted un arsenal de todas las ciencias; tendrá usted un mundo, una enciclopedia viva, pero nunca un hombre. Porque el corazon no se educa con el raciocinio, no se le educa enseñándole, sino inspirándole. I si no forma usted ántes el corazon del niño, todo el trabajo científico habrá sido infructuoso, i mas bien perjudicial que benéfico; porque en la vida, en la sociedad, en el trato comun el hombre no vive solo con la cabeza, sino principalmente con el corazon. En él residen los afectos i las impresiones, sin los cuales no podria haber familia ni humanidad. Con la inteligencia no se ama, i sin el corazon no hai virtud.

Esto es precisamente lo que hace única i principal la influencia de la madre. Desde que el hombre es un ser eminentemente social, su educacion debe tender sobre todo a ese fin; es decir, a desarrollar todas sus fuerzas físicas i morales en el sentido del perfeccionamiento social.

Siendo la familia la base de la sociedad, la educacion debe comenzar por la familia; i nadie puede educar a ésta sino la mujer. Ella sola es la encargada por la naturaleza para formar moralmente el ser del individuo; de ella depende en primer lugar la gradacion de progreso que se efectúa en la mente i en el corazon de la criatura. Ella, sin saberlo o sin darse cuenta, tiene tanto mas interes en la educacion i el perfeccionamiento del hombre, cuanto que sabe o mas bien prevé que éste va a consagrar su vida entera a su cuidado, a su defensa, a su amor. Por eso la naturaleza ha querido que sea ella quien forme el corazon.

¿Quién puede negar, ni dudar siquiera, que la enseñanza de la madre es la base de toda la vida del hombre? ¿No es de la base de todas las cosas de donde resulta mas tarde la mayor o menor perfeccion que se desarrolla en la existencia? Todo, des-

de el árbol hasta el hombre, está basado en su principio. Del mismo modo que el árbol que nace chueco crece torcido si no se le endereza i se le cuida, el hombre que comienza mal su educacion tiene por fuerza que ser malo, si no limita despues todos sus sentidos i todos los esfuerzos de su razon a enmendar por sí mismo la falta de su principio. I la educacion es tan delicada, de tanto i tan prolijo cuidado necesita, que comenzando en los pañales no concluye sino con el último suspiro de la vida.

Como nueva luz en apoyo de esta verdad, séame otra vez permitido tomar de Aimé Martin un ejemplo precioso de la influencia de la mujer en la educacion, estudiado en dos poetas, los mas esclarecidos del tiempo moderno; uno es Byron, el otro Lamartine.

“Pero los dos grandes poetas de este siglo, dice el sabio, ofrecen talvez el mas admirable ejemplo de esta dulce i fatal influencia; al uno (Byron) dió el destino una madre burlona, insensata, llena de caprichos i de orgullo, cuyo escaso entendimiento solo se dilató en la vanidad i en el odio. Una madre que se burla sin compasion de la enfermedad nativa de su hijo, que le irrita, le impacienta, le machaca, le acaricia, i luego le desprecia i le maldice. Estas pasiones corrosivas de la mujer se graban profundamente en el corazon del jóven; el odio i el orgullo, la cólera i el desden fermentan en él, i cual la llama abrasadora de un volcan se derraman de improviso en el mundo en torrentes de una infernal armonía.

“Al otro poeta el destino concedió una madre tierna sin debilidad i relijiosa sin rijidez; una de aquellas mujeres singulares que nacen para servir de modelo. Esta mujer, jóven, hermosa, ilustrada, hace brillar en su hijo todas las luces del amor; las virtudes que le inspira, la oracion que le enseña no se reducen a hablar en su intelijencia, sino que cayendo en su alma, le hacen espresar sonidos sublimes, una armonía que se eleva hasta Dios. Así, rodeado desde la cuna de los ejemplos de la piedad mas tierna, el gracioso niño camina en las vías del Señor, bajo las alas de su madre, siendo su jenio como el incienso que exhala sus perfumes en la tierra, pero que no arde sino para el cielo.

“Venid ahora, agrega, con la moral del colejo o la filosofía rutinaria a modificar estas influencias maternas.”

Vijilante desinteresado, amoroso, constante, la mujer enseña con el sentimiento, con el ejemplo, sin dictar reglas, sin imponer castigos. Pero si ella no está allí, velando siempre, i sobre todo si a ella no se la ha educado, si no ha podido modificar su instinto, iluminar su espíritu, cultivar su sentimiento, la semilla de otra enseñanza cae en tierra estéril; i si llega a producir frutos, son frutos sin savia i sin vigor que a su vez no pueden dar ser i vida a nuevos jérmenes.

Basta volver los ojos a las capas inferiores del mundo social i detenerse un momento en la triste contemplacion de su miseria. La ignorancia, ese antro del crimen, opera allí todas las maquinaciones del instinto salvaje. Lo repugnante, lo terrible, lo miserable se ostenta allí en pavorosa desnudez. Allí se aguza el puñal asesino; allí teje el delito esa red implacable con que envuelve al cerebro humano; allí reviste el error sus mil espantosos disfraces; allí está el escarnio de lo bueno, la burla de lo justo, la irrisión de lo bello. Allí se fermentan a sus anchas todas las pasiones que la ignorancia convierte en crímenes. De allí sale i se derrama ese inagotable material de monstruosidades que tanto buscan los cronistas de la prensa i los romanceros del terror. Allí se forja, por fin, esa cadena terrible que ata a ciertos hombres a un sillón donde no tienen mas oficio que estar dictando castigos contra la humanidad estraviada. ¡Dolorosa mision que la educacion de la mujer está llamada a suavizar, i quién sabe tambien si a borrar del martirolojio de las sociedades!

Ese mal no viene de otro oríjen, no tiene otra causa que la falta de educacion. Si la mujer del pueblo bajo, si la madre de humilde condicion fuesen siquiera medianamente educadas, no dejarían por cierto al hermano o al hijo crecer como el potro de las selvas, sin mas lei que las exigencias de su brutal instinto, sin mas aspiracion que la hartura de sus ansias materiales.

Pero no teniendo ellas ni principios, ni sentimientos, ni ejemplos, no pueden inculcarlos en sus respectivas familias. I el hombre poco lleva al hogar sentimientos adquiridos en la atmósfera de la vida pública; antes, al contrario, lleva a la calle el reflejo de las ternuras i de la enseñanza del hogar.

## II

Estamos, pues, en perfecto acuerdo sobre la necesidad, la importancia i el alcance de la educacion de la mujer. Pero esa educacion ¿debe ser científica, en la acepcion estensa de la palabra?

Yo creo que no.

Alega Ud. que siendo la mujer igualmente dotada que el hombre por la naturaleza como ser racional, debe recibir igual educacion, i tener por consiguiente iguales derechos. Pues yo creo que teniendo el hombre i la mujer distintos deberes, no pueden tener sino distintos derechos; porque lo uno impone lo otro. Indudablemente la mision de ambos tiene en la naturaleza el mismo fin: la perfectibilidad. Pero van a ese fin por diversos medios, cada uno por la accion de su ser, de su organizacion especial.

Hablando el lenguaje del positivismo, que es por desgracia el del siglo, el hombre i la mujer forman una sociedad particular, de cuyo conjunto resulta la humanidad. Pues bien, en toda sociedad, de cualquiera clase que ella sea, los distintos socios tienen distintas obligaciones, distintas clases de labor, distintos medios que, converjiendo al mismo fin, vienen a formar la unidad del trabajo. Es lo mismo que resulta entre las diversas piezas de una máquina; todas ellas son diferentes, se mueven en distintas direcciones, todas ocupan distintos lugares, pero todas hacen un trabajo que da un solo resultado.

I no puede ser de otro modo, porque así acontece en todo el orden de la naturaleza. El universo está compuesto de millones de seres i de objetos que parecen completamente extraños entre sí, i sin embargo, todos no son sino las distintas piezas de que se compone la máquina grandiosa de la creacion. Todo se mueve, todo vive, todo trabaja segun su organizacion particular, i todo propende al mismo fin. Una sola alteracion en ese orden misterioso seria el trastorno completo del universo, desde la molécula de arena hasta los astros del espacio.

No se pretenda entónces que el hombre i la mujer cumplan iguales deberes i llenen iguales funciones. La naturaleza entera se opondria a ello; i se opondria por los mismos medios que se quieren emplear para contrariarla.

Podría Ud. objetarme que así como dos cuerpos diferentes que tomaran el mismo alimento asimilarían cada uno la parte necesaria a su organizacion, el hombre i la mujer asimilarían también la educacion segun la naturaleza i la intelijencia de cada cual. Pero esto, que sucede en el órden material, no sucedería de igual modo en el órden moral. I si tal sucediera, se daría a la mujer un doble trabajo, superior talvez a su naturaleza, i que, a pesar del desarrollo que daría a sus órganos de vida, debilitaría su influencia en las demas esferas sometidas a su actividad.

Ud. quiere que la mujer aprenda i conozca la verdad. Es cierto, debe aprenderla i conocerla, porque por medio de ella debe educar, es decir, inspirar. Pero quiere también Ud. que la aprenda por medio del conocimiento de todas las ciencias que forman el conjunto universal; ciencias abstractas, ciencias físicas, ciencias naturales, la inmensidad, el infinito. Quiere Ud. que abarque lo ilimitado en su intelijencia limitada, lo eterno en su naturaleza transitoria. Que sorprenda el secreto de la creacion desde el molusco imperceptible hasta el conjunto sublime, desde el gusano hasta el ángel.

Grande i bella cosa sería, si fuese posible.

Pero si para una sola de esas ciencias no basta la vida entera de un hombre, aun triplicando su duracion, ¿cómo someterlas todas al conocimiento de la mujer, organizacion mas débil, i con otros deberes primordiales e imprescindibles que cumplir?

Aun si ello sucediese, sería una desgracia para la humanidad. Ud. nos daría la mujer-enciclopedia. Ya veo yo salir de su crisol científico, i perdóneme Ud. los femeninos, la mineralojista, la astrónoma, la botánica, la naturalista, la médica, etc., etc. Nos da Ud. toda la sabiduría, pero ¡ai! nos arranca Ud. el corazon.

A este propósito, permítame Ud. recordarle la antigua i preciosa leyenda de la madre valenciana. Era una buena viuda que tenía un solo hijo, por el cual hubiera dado hasta la salvacion de su alma. Pero este hijo, que no gustaba mucho ni poco de las oraciones que oía a todas horas en su casa, se escapaba con frecuencia para ir a buscar en otros lugares ciertos placeres de la juventud. Poco a poco llegó a enviciarse hasta el

punto de no pensar ni desear mas que seguir en esa vida licenciosa. El orgullo i la impureza se habian apoderado enteramente de su alma i de su corazon.

La pobre madre, aterrorizada, suplicó al arcánjel San Miguel que le concediese la salvacion de su hijo, aunque fuese a costa de la suya propia. El arcánjel, movido por aquel santo dolor, se compadeció i se dignó bajar hasta la fervorosa mujer.

—No desesperes, le dijo; tu hijo puede aun salvarse. Dios ha contado sus dias; pero le quedan trescientos que vivir: si consigues que no vuelva a pecar, Dios lo perdonará, i cuando llegue su hora yo mismo vendré a llevarme su alma.

Esto consoló a la madre i aun la llenó de alegría. ¿Qué importaba que su hijo muriese tan pronto si iba a conseguir la gloria eterna?

Pero ¿cómo conseguir que su hijo no pecara? Ni súplicas ni enojos habian logrado enmendarlo. La infeliz pensó entonces en un médico árabe que, segun voz pública, tenia filtros que obraban infaliblemente sobre toda voluntad.

El célebre mago vió al hijo, i mientras dormia comenzó sus misteriosos conjuros.

Primeramente le tocó los costados, de los cuales salieron jenios de horrible aspecto; eran la fuerza, la cólera, el valor, la envidia, etc.

En seguida le tocó la frente, de la cual se escapó la imaginacion con todos sus encantos, la memoria con su espléndida luz, i la conciencia con las vestiduras de su poder.

I por último le tocó el corazon, de donde salió el amor, con su lindo i bullicioso cortejo de sentimientos, deseos, impresiones i esperanzas.

Cuando el jóven despertó, se encontró completamente transformado. Toda iniciativa, toda fuerza moral habian desaparecido en él; no tenia mas voluntad que la que su madre le imprimia. Desde entonces nada pudieron en él las mas poderosas tentaciones, i por consiguiente no volvió a pecar.

Así corrió el término prefijado, i el arcánjel volvió a aparecer.

—Ha cumplido, le dijo la madre regocijada; no ha pecado, llévate su alma.

Pero el arcánjel, mirándola tristemente, le contestó desconsolado:

—Ai! pobre madre! ya no la tiene. Lo que el mago árabe quitó a tu hijo no fué la facultad del pecado, sino toda su alma. Esa le pertenece ya a Satanas, i yo no puedo llevarme el cuerpo.

Hé ahí, señor Hostos, lo que yo encuentro en la realizacion de sus bellas teorías. Da a la mujer todas las ciencias, pero a nosotros nos quita la mujer.

La ciencia, como usted sabe, tiene algo de la hidropesía: miéntas mas se hincha, miéntas mas llena está, mas quiere. El que penetra los misterios científicos, miéntas mas camina, mas misterios encuentra; i ya no piensa en lo que sabe sino en lo que le queda que saber. Es aquello como un abismo sin fondo donde se baja en busca de una luz; miéntas mas se baja, mas profundidad se encuentra i mas distante se tiene la luz.

Esto produce al cabo una especie de vértigo que fascina. Produce la absorcion de todos los sentidos, de todas las facultades. Absorcion que reduce toda la vida al estudio, que aleja del mundo, que mata hasta el instinto i el deseo de todo otro placer. Absorcion que obra en el espíritu del mismo modo que el misticismo, secando en el corazon las fuentes del sentimiento, i produciendo al fin, como funesto enjendro, el egoismo árido, helado, abrumador.

¿Cree usted que la mujer, sabiendo mas sentiria tambien mas? Nó, señor. La ciencia absoluta obraria en ella como una esponja, absorbiendo poco a poco la savia preciosa de su alma. El pensamiento ahogaria al sentimiento; la cabeza mataria al corazon.

I de esa manera, queriendo usted elevarla, la haria decaer. Debilitaria sus facultades sensibles; dejaria la mujer materia en la tierra i lanzaria su espíritu al traves de los astros, mas allá de las nubes. Quedaria en su lugar un organismo de jeneracion, pero de ninguna manera una fuerza de perfectibilidad. Le quitaria el amor; i entónces todos, hombres i mujeres, nos unificaríamos con el universo, pero nos alejariamos de Dios.

## III

Me dirá usted que exajero, que un temor pueril, o acaso egoista, me hace ver fantasmas amenazadores allí donde usted no ve mas que la luz de toda creacion. Yo contestaré a usted que puede haber alguna exajeracion en esa pintura; pero poco a poco i paso a paso mui cerca de eso iríamos a parar. No creo tampoco que en todas las mujeres obraria la ciencia de esa manera tan poderosa i tan absorbente. Pero en pocas, en una sola que sucediera, siempre seria un mal para la humanidad.

Me dirá Ud. todavia que no pretende inculcarles la ciencia de esa manera. Pero ¿quién es capaz de contener al espíritu una vez lanzado a las infinitas profundidades del mundo científico; i contener sobre todo el espíritu de la mujer, mil veces mas curioso, mas observador i mas penetrante que el del hombre?

Quiero suponer que Ud. logra su objeto. Ya tenemos a la mujer imbuida en todas las ciencias, ocupada en resolver los grandes problemas, en descubrir los profundos secretos, en experimentar las verdades descubiertas. Vamos a ver. Ud., hijo amante, ¿gustaria de ver a su madre olvidar una caricia por estudiar la vida misteriosa de una flor? Ud., esposo amante, cuando volviera al sagrado retiro de su hogar, ajitado por las luchas políticas, fatigado del trabajo, desengañado por las realidades de la vida, triste i abatido por algun pesar, ¿gustaria encontrar a su esposa preocupada por un experimento fisico, i verla fastidiarse si Ud. la iba a distraer con una caricia? Reclinaria Ud. su frente acongojada en un regazo lleno de libros o de instrumentos? ¿No preferiria Ud. que esos ojos que estudian las revoluciones de los astros se posasen amorosos en los suyos; que esas manos delicadas, en vez de dañarse con composiciones químicas, enjugaran cariñosas el llanto de sus ojos o el sudor de su rostro; que esos labios puros, hechos para rezar i bendecir, en vez de pronunciar la terminolojia de la botánica, le consolasen con dulces i adoradas palabras? Ud., padre amante, no preferiria que su hija lo recibiese con besos i abrazos, en vez de abstraerse en un silojismo de filosofía?

Oh! Ud., hijo, esposo, padre, o amante, maldeciria entónces de la ciencia, i querria arrojar de su casa esa biblioteca viva, para dejar en su lugar una mujer, ignorante si quiere, pero llena de gracia i de infinitos consuelos.

I es que la mujer no nació, la naturaleza no la hizo para que la estudiase, sino para que la completase, para concluir en ella la gradacion inconmensurable que va desde la molécula hasta Dios.

Es que la mujer tiene otra mision que cumplir en la humanidad. Su alma, sus sentidos, todas sus facultades están hechas para el amor. Todo en ella principia i concluye en el amor. Fuera de ahí, ella no sabe, ni quiere ni puede saber mas.

Solo hai un medio, dice un autor, para hacer penetrar en la intelijencia de la mujer los sistemas metafísicos, las abstracciones, las ideas jenerales de patria i de igualdad; i ese medio, es hacerlas pasar por su corazon. Lo que el hombre hace con el pensamiento, la mujer lo hace con el sentimiento. Lo que para él es justicia, para ella es caridad. El lo ve todo por la razon; ella lo ve todo por el corazon.

Jamas ha salido de la cabeza de una mujer un sistema científico, una teoría grandiosa, un descubrimiento político o matemático. Pero de ellas han salido siempre los grandes sentimientos que han conmovido al mundo. Lea Ud. la historia de las ciencias, i no encontrará en ella ni el nombre siquiera de una mujer. Pero lea Ud. la historia de la humanidad, i en cada página encontrará un nombre femenino, santo o maldito, pero siempre dominando en la esfera de las pasiones, imprimiendo su grandeza a los acontecimientos, i siendo causa de profundas conmociones, desde la mitología hasta el cristianismo.

El hombre piensa, pero pensar no es amar. En contraposicion, la mujer ama; i amar es pensar, es creer, es trabajar, es prever. Ella no quiere tesoros de sabiduría sino tesoros de ternura. El amor, que en el hombre es fuerza i egoismo, en la mujer es abnegacion i sacrificio. El hombre quiere que la mujer viva para él; la mujer quiere vivir para el hombre. El es feliz domiando, ella es feliz sacrificándose.

No hai sistema de filosofía, no hai creacion del jenio, no hai descubrimiento científico, que valga ni pueda anteponerse a ese sentimiento que nació con el hombre i que acompaña i diviniz a la humanidad desde los tiempos remotos de su creacion: el amor. ¿Habrá una teoría de sabio, por sublime que sea, que valga para una madre, no digo una caricia de su hijo, pero hasta el dolor que ella sufre por él? ¿Qué argumento científico podría convencer a una mujer de que no debe amar?

No hai en la creacion humana mas que un solo regulador de la vida: el corazon. La mujer, como ser mas débil, es dominada esclusivamente por él; i de ahí nace que, siendo mas tímida físicamente que el hombre, tiene infinitamente mas valor moral.

Por otra parte ¿qué es la ciencia al lado de la virtud? Pése-las Ud. en la balanza divina i verá que una limosna dada a un mendigo vale inmensamente mas que todas las teorías de todos los sabios del mundo.

¿Cómo inculcar, pues, las ciencias todas en un recipiente que ya está colmado de otro contenido? Imposible! Como ya lo he dicho, la naturaleza misma se opondria con todas sus fuerzas a ese trastorno de sus leyes eternas.

No crea Ud. por esto que yo pretendo negar a la mujer la facultad i aun el derecho de penetrar en el templo de la ciencia. Mui léjos de eso. Pero ya que Ud. habla de educacion, yo entiendo que ella debe comenzar por el principio. A mi modo de ver, lo que Ud. llama *educacion científica*, no es otra cosa que *instruccion* o *ilustracion*. Pues bien, ántes de instruir es preciso educar, como ántes de sembrar la semilla es preciso preparar la tierra.

Que la mujer se instruya, que tenga, no el conocimiento completo de las ciencias sino las nociones jenerales, no solo es bueno, es necesario. Justo es que pueda darse cuenta de lo que la rodea, que su razon pueda comprender por qué piensa; eso seria hasta un complemento de su sensibilidad. Pero de ahí al conocimiento absoluto de la verdad hai un mundo de distancia.

Por otra parte ¿a quién quiere Ud. dar esa educacion que con tanta elocuencia ha defendido? Justamente a la parte del sexo que ménos la necesita, a la mujer que ya tiene cierta ilustracion, es decir, a la clase acomodada. ¿I las demas? ¿I la mujer de ínfima condicion? ¿I la mujer de mediana esfera? Se quedarian entónces a mayor distancia de la primera clase, lo cual seria un mal gravísimo, un contrasentido del progreso.

Si la mujer debe llegar a ese punto culminante de la sabiduría, ello vendrá al fin por sí solo, por la fuerza misma de las cosas, por el trabajo del tiempo, por los esfuerzos inesplicables de la misma naturaleza. El mundo marcha; nada hai que pueda contener por un instante la rueda incansable de su progreso.

Note usted que a medida que la civilizacion ha venido abriéndose campo, ha ido dando a la mujer mejores condiciones de vida. En la historia de ésta se puede estudiar la historia de la civilizacion; puede decirse que ella ha sido el barómetro infalible que ha venido marcando el adelanto de los siglos.

Pues bien, la naturaleza misma, cuando llegue su hora, romperá por su solo impulso los diques que se le opongan. Déjemosla obrar, no tratemos de obligarla en ningun orden de cosas a tener un parto prematuro.

#### IV

Hai, señor, como usted bien lo sabe, un campo mas vasto, mas fecundo, inmensamente mas provechoso, donde ejercer la benéfica influencia de la educacion, esa nueva arca que está llamada a salvar del diluvio terrible de la ignorancia i del servilismo el espíritu inmortal de la humanidad. Edúquese a la mujer para la verdad, pero no por la ciencia, sino por la moral, por el sentimiento. Es decir, no se la enseñe, inspíresela.

Antes de todo está el trabajo. Pero no el trabajo espiritual que da la luz, sino el trabajo intelectual i material, que da el pan. Para que la mujer sea sabia es preciso que viva, i para que viva es preciso que coma. Edúquese primero su corazon, i ábrase despues para ella el hermoso horizonte de la vida; enséñesela el deber i póngase a su alcance toda la riqueza de las carreras profesionales que, léjos de ser un peso, sean un complemento, una iluminacion para su extrema sensibilidad.

Así conocerá mejor la verdad, porque será la verdad práctica que le dará virtud, moralidad i prudencia. Así se logrará arrancar muchas víctimas, si no todas, al monstruo insaciable de la prostitucion. Así se salvará a la mujer del buitre del fanatismo, que si hoy la tiene solo entre las garras, amenaza mas tarde devorarle el corazon i las entrañas. Así el hogar tendrá luz i abrigo, i el bien de la familia rejenerará a la sociedad. Así, i solo así, podrá la mujer cumplir en el mundo la mision de bien i prosperidad que trae consigo su naturaleza.

Trabaje Ud. con su distinguida intelijencia i con su buena voluntad, trabajemos todos en ese sentido. No llevemos la luz al salon que ya está alumbrado; llevémosla al rincon que permanece en la oscuridad. Esta accion será mil veces mas grata a Dios i mas provechosa al jénero humano. Hagamos por que

todo no sea arrastrado en la corriente materialista del siglo.

Porque realmente da lástima ver cómo el positivismo de la nueva civilización comienza a secar la rica savia de los corazones, i hace temblar al alma la perspectiva del materialismo absoluto. I es ahí donde va la corriente. Por todas partes el progreso material; la atmósfera se impregna del humo de las fábricas; el espacio se ensordece al ruido de las máquinas; las conquistas de la industria invaden las poblaciones i los desiertos; la fiebre del oro, que también es una fiebre amarilla, despuebla los hogares; el combo del minero apaga los quejidos del hambre, i el zumbido incansable de la colmena humana embota con su fuerza los himnos de la caridad.

Por otro lado, la ciencia se ajita con ardor en las investigaciones de la naturaleza. Se arranca a la tierra el secreto de su edad i de sus transformaciones, en busca del hombre primitivo; el telescopio penetra en el espacio, como queriendo llegar al fin del infinito. Se quieren arrancar todos los misterios de la creación, desde el fondo de los mares hasta los confines del firmamento. Se escudriña la creación, en todas sus esferas, en todos sus elementos, en todos sus seres. La ciencia no respira sino para tomar nuevas fuerzas i continuar su lucha conquistadora. La historia de las invenciones i de los descubrimientos materiales i científicos, hace ya imposible su lectura, i sus nombres forman por sí solos un vasto diccionario. I todavía se sabe poco; no se ha llegado a resolver la formación de una hoja ni la vida de un gusano.

I entre tanto ¿qué es del alma? ¿Quiénes son los que buscan los medios de enaltecerla, o a lo ménos de curar sus males? Quiénes son los que penetran en las profundidades del corazón para purificarlo? Ah! podría esclamar aquí con el fogoso poeta francés:

“Queríais hacer un mundo? Pues bien, ya lo habeis hecho.—  
“Vuestro mundo es soberbio i vuestro hombre es perfecto.—Las  
“montañas se han nivelado, i los llanos se han alumbrado.—Ha-  
“beis tallado sabiamente el árbol de la vida.—Todo está bien  
“barrido en vuestros caminos de fierro.—Todo es grande, todo  
“es hermoso; pero vuestro aire ahoga!”

Felizmente para la humanidad, esa ola gigantesca del positivismo se va a estrellar, no en una roca, pero sí en algo mas

poderoso que una montaña: en el hogar velado por la mujer, en el corazon de la madre. El ruido atronador del combo i de la maquinaria se apaga ante su puerta, i ellas oyen primero el llanto del hijo en la cuna i el quejido del enfermo postrado en el lecho del dolor. Mandad a la madre que recorra un ventisquero o que baje al fondo del mar en busca de una gran verdad para la ciencia, i os mirará con desden. Pero decidla que se trata de la felicidad de su hijo, i bajará al abismo i dejará en él su vida por salvarlo. Ahí está su ciencia, ahí está su mundo, i para ella no hai mas.

Ella, i solo ella es la que sostiene en el mundo humano al Jenio de la poesía que los ruidos del materialismo espantan i ahuyentan. Ese Jenio divino tan burlado hoí por los adelantos del siglo, que promueve la risa de una civilizacion gastada, que se mira como un vestijio del pasado, ese dulce Jenio es el que da al corazon la ternura que consuela, el calor que vivifica, la esperanza que alienta, la fe que ama i que perdona.

Muchas veces se ha visto atropellado i corrido; él huye a otros lugares, va de mundo en mundo, de hogar en hogar, de alma en alma, i allí se posa donde encuentra que no todo está helado por el soplo del positivismo. El no muere, no puede morir. Así como la luz no puede vivir sin alumbrar, él no puede tampoco vivir sin inspirar. Moriria cuando le faltara todo corazon, porque entónces le faltaria la condicion indispensable de su existencia. Pero si el mundo civilizado le cerrara todas sus puertas, el buen Jenio tenderia sus alas, i no volaria al cielo, sino que iria. Léjos a buscar un refujio en las grutas de los salvajes. I si aun allí le iba a perseguir el monstruo material, volveria a alejarse, i entónces, llorando por la humanidad, iria a sentar su trono misterioso entre las aves de los bosques o en las cavernas de las fieras, hasta que llegara para la tierra el gran siglo de las almas.

Felizmente, eso no será; el Jenio de la poesía vivirá con nosotros miéntras haya madres en la humanidad, i vivirá protejiendo con su divino influjo la paz del hogar i el corazon de la mujer.

LUIS RODRIGUEZ VELASCO

Julio de 1873.